

## CRÍTICA DE ARTE

# Jaime Fariña Falcón y su Galicia lúdica

**J**aime Fariña Falcón nos abre las puertas a su mundo desde la galería santiaguesa José Lorenzo.

Allí está representada la esencia del pueblo que lo vio nacer, Cambados, y el espíritu de la ciudad en la que actualmente reside, Pontevedra.

Autodidacta, sigue las enseñanzas que le inculcó su tierra madre. En este sentido, parcela el cuadro emulando al sistema hereditario galaico que convirtió en minifundismo, con sus lastres seculares, las explotaciones agropecuarias.

Ello dio origen a acotaciones geométricas que por estar dirigidas, en un caso, a un policultivo, y en el otro a resaltar la pureza de las formas, conectan con el movimiento cubista y con la propia morfología cuadrangular de la geografía gallega.

En esta pintura palpita la nostalgia de la juventud. Un "modus vivendi" que aún hoy subsiste, aunque muchos no quieran reconocerlo, de ese amor a la fiesta, al jolgorio, a los excesos y al colorido festivo de las fiestas populares.

El artista cuando puede se mete entre el gentío; es entonces cuando los temas lo eligen para que escoja entre la explosión estética que supone revivir tradiciones tan arraigadas como las de romeros en su ascenso a los montes; determinadas creencias sanatorias debidas a la intercesión de supuestos santos; bailes en los atrios de las iglesias parroquiales con mozos provistos de arcos florales o procesiones con sones de gaita y otros instrumentos tan propios de Galicia como los triángulos, conchas o panderetas.

Si Platón concibe la verdad como un sonido agradable,



**Fátima  
Otero  
Bouza**

Falcón quiere sacar a primer término su empatía emocional y congénita sobre una verdad que él considera, que está ahí, y que sus personajes invocan.

La Galicia secular que descansa de la dura jornada y se vuelca en fiestas co-

mo el antroído, disfrazada de vivos colores y vestida con profusión de cintas policromáticas, que viven y brindan para el nuevo Nadal el magosto o la corrida del gallo.

Todas estas tradiciones rezuman historia, son un compendio de recuerdos para la memoria, que el pintor magnifica y realza en su obra.

El artista no sublima el tópico en el sentido de observar las escenas desde un balcón, sino que él es un cómplice, un oficiante y un constructor de plazas marineras en las que levanta pueblos de piedras nobles acariciadas por la brisa del mar, donde los vecinos viven aún con lamparillas de aceite y las mujeres acuden a las fuentes con sillas y a cotillear.

Su adoración por estas gentes sencillas de Galicia le lleva a convertirlas en una completa visión del mundo que le rodea.

Orbe desvinculado de especulaciones solares, donde no tiene cabida lo postindustrial. La única arquitectura posible es la tradicional, construida por este artista para no romper con la armonía reinante en el conjunto.

En estos lienzos la luz puede venir de cualquier parte, pero es focal. A su paso, el espectro cromático va dejando tintes sorprendentes a una fantasía que le hace ser infiel a la forma y también al color que tiene delante, haciendo flotar así la robustez de los personajes en un ambiente pleno de sensaciones.